¿QUIÉN ES EL MUERTO?...

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. SALVADOR LA LASTRA Y SIRA.

Estrenada con extraordinario aplauso en el Teatro de Novedades en la noche del 29 de Enero de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE C. MOLINER Y COMPAÑÍA,
Calle de Jesus, número 3.

1870.

¿QUIÉN ES EL MUERTO?...

[207]

¿QUIÉN ES EL MUERTO?...

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. SALVADOR LA LASTRA Y SIRA.

Estrenada con extraordinario aplauso en el Teatro de Novedades en la noche del 29 de Enero de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE C. MOLINER Y COMPAÑÍA,
Calle de Jesus, número 3.

1870.

DOS PALABRAS.

Laura, Juanita, Enrique, Ferreiro, Mariano y Amor, gracias y mandad á vuestro amigo,

El Autor.

A MI PADRE.

Niño, aprendí á respetar á mis padres; hombre ya, es mi deseo honrarlos por cuantos medios estén á mi alcance; si algun dia á fuerza de estudios y trabajos llego á conquistarme la modesta posicion á que aspiro, será mi mayor alegria poder decir, lo que soy, lo que pueda ser, es sólo debido á mi padre.

Obligacion mia es, pues, dedicarte mi segunda obra; yo sé que la admitirás con agrado; gracias, y no dudes del cariño de tu hijo,

Salvador.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
D.ª EMILIA.....	Sra. D.ª Laura García.
MATILDE.....	Srta. D.ª Juana Rubio.
D. JUAN.....	Sres. D. Enrique M. Robles.
JUSTO.....	— José Ferreiro.
D. SEVERO.....	— Mariano Martinez.
MOZO DE LA FONDA.	— Juan Amor.

La accion se supone en una fonda de San Sebastian y en nuestros dias.

ACTO UNICO.

La escena representa una sala de paso de una fonda; puertas laterales y al foro. Sillería decente de verano, mesa.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA Y MATILDE *en traje de camino.*

EMILIA. ¿Conque dices que mi hermana
se encuentra mucho mejor?
MATILDE. El médico nos ha dicho
que dentro de un mes ó dos
estará del todo buena.
Es escelente doctor
el que visita á mamá.
EMILIA. ¿Es homeópata?
MATILDE. No.
Alópata.
EMILIA. Pues es raro
que sea tan buen doctor,
porque son ya tan antiguos
y ejercen de un modo atroz...
Qué diferencia en los otros,
curan pronto y sin dolor.
Que te duele la cabeza,
glóbulos y se curó;

que te rompes una pierna,
glóbulos sin detencion
y estás curada al instante;
sin disputa son mejor.
Y luego son más modernos
que es una ventaja atroz.

MATILDE. ¡Pero tia!

EMILIA. ¿Como es eso?
Trátame con *sannfasson*;
tú por tú, hoy está en moda,
y á lo menos hoy por hoy,
aún soy jóven todavía.
Llámame Emilia; ó si no
Emilita. Pero díme,
esplícame la razon
de tu venida.

MATILDE. Es muy fácil;
que me ha mandado el doctor,
para desechar mi tedio
y acabar mi curacion,
que fuera á tomar los baños
de mar. Mamá se acordó
de que estabas con tu esposo
en estos, y muy veloz
sin escribirte siquiera,
por sorprenderte mejor,
ayer salí de Madrid
y aquí me tienes por dos
ó tres meses, cuando ménos,
que á tu lado á pasar voy.

EMILIA. Has hecho divinamente.
¿Pero díme, esta escursion
y alejarte de Madrid
te la ha mandado el doctor
para curar con el tiempo
alguna oculta pasion?
Vamos; sé franca conmigo.
¿Tu enfermedad es de amor?

MATILDE. !Qué cosas tienes! (*Con vergüenza.*)

EMILIA. ¿Te turbas?
Vamos, dí con el filon.
Por supuesto, será un jóven...
Un pollito *comilfaut.*
Cómo me gustan los pollos,

son mi delicia mayor.

MATILDE. ¿Pero cuál, los que se comen?

EMILIA. ¡Ay! ¡y tanto! el corazon
se engullen de las muchachas
sin mirar nuestro dolor.

MATILDE. ¡Ah! ¿Tú hablas de los pollos
con sombrero y pantalon?

EMILIA. Sí, esos cupidos con vista.

MATILDE. Pero Emilia...

EMILIA. ¡Qué!

MATILDE. ¡Por Dios!
Con tu edad...

EMILIA. Aún soy muy jóven,
y me late el corazon
cuando veo un pollo tierno.
Mas vamos á lo anterior;
¿acerté tu enfermedad?
¿Eh?

MATILDE. Sí.

EMILIA. ¿Quién es el traidor?

MATILDE. Se llama Justo Corral
y tiene un talento atroz.
Como que sabe montar
á la inglesa. No perdió
ni una corrida de toros
mientras me hacia el amor.
Vá los viernes á los Bufos;
fuma, baila el rigodon,
almuerza en casa de Lardy
y oye la misa de dos.
Me parece que son prendas
que adornan su posicion.

EMILIA. Nó, ya se vé que no es vago.

MATILDE. Es tambien un gran pintor.

EMILIA. Será algun pintor de historia.
Eso es muy antiguo.

MATILDE. No, (*Con sencillez.*)
que pinta caricaturas.

EMILIA. Ya varía la cuestion.

MATILDE. Era visita de casa,
mi hermano lo presentó.
Venía contínuamente;
tramaba conversacion
conmigo á cada momento

mirando de un modo atroz,
que yo bajaba la vista
de vergüenza y de rubor
En fin, me enseñó á pintar;
cosa que á papá gustó,
y un dia pintando un oso
me hizo su declaracion.
Tres meses hablé con él,
tres meses de puro amor.
Un dia vino algo triste,
le pregunté la razon
y dijo que no era nada;
al poco rato marchó
diciéndome: «hasta mañana.»
Hace mes y medio ó dos
que aún ese mañana espero.

EMILIA. ¿No ha vuelto más el bribon?

MATILDE. Nó, si todos son lo mismo;
han puesto hoy dia el amor
lo mismo que la política,
no quieren más que turron.

EMILIA. Tu tio.

MATILDE. Punto final.

EMILIA. (¿Si vendrá de buen humôr?)

ESCENA II.

DICHOS. D. SEVERO, *puerta izquierda, que entra distraido y se sienta al lado de la mesa.* (*Pausa.*)

EMILIA. (*Acercándose á él.*) Pero hombre...

SEVERO. ¿Qué es lo que quieres? (*Dando un golpe en la mesa.*)

EMILIA. Que está tu sobrina.

SEVERO. (*Sin hacerla caso.*) ¡Ya!
(¡Quién era aquel hombre, quién!)

MATILDE. ¿Cómo estamos tio?

SEVERO. (*De mal humor y sin hacerla caso.*) Mal.

MATILDE (Mi tio sigue lo mismo.)

EMILIA. No la esperabas.

SEVERO. (*De pronto y fuerte*) ¡Qué!

EMILIA. (*Asustada.*) ¡Ah!
Jesús, que bárbaro eres.

Me has asustado.

SEVERO. No tal.

EMILIA. ¿Qué tienes?

SEVERO. Nada.

EMILIA. Mentira.
No los puedes ocultar.

SEVERO. Qué, ¿tú sabes?... (*Con miedo.*)

EMILIA. Que estás pálido.

SEVERO. Yo... no.

MATILDE. Sí, tio, es verdad.

SEVERO. Que nó. (*Fuerte.*)

MATILDE. Pero...

SEVERO. (*Más fuerte.*) Nó.

EMILIA. Sí.

SEVERO. (*Más fuerte.*) Nó.

EMILIA. ¡Que génio de Barrabás!

SEVERO. (*Despues de un momento de pausa mirando á Matilde.*)
¿Cómo está aquí mi sobrina?

EMILIA. Que se ha venido á pasar
dos ó tres meses lo ménos
con nosotros.

SEVERO. (*Distraido.*) ¿Cómo está
mi cuñada?

MATILDE. Sigue bien.

SEVERO. (*Distraido y levantándose.*) Me alegro.

EMILIA. Pero te vás?

SEVERO. (¿Quién era aquel hombre, quién?)

EMILIA. ¿No me respondes?

SEVERO. No tal.

EMILIA. ¡Qué fino! ¡Qué fino eres!
No se te puede aguantar.

MATILDE. Vámonos tia.

EMILIA. Emilita
te he dicho...

MATILDE. Lo mismo dá.

EMILIA. Mira, nosotras nos vamos
al jardin, á pasear
hasta la hora de comer.

SEVERO. (*Furioso.*) ¿Al jardin?

EMILIA. Sí; ¿qué te dá?

SEVERO. ¿Al jardin?...

EMILIA. Sí.

SEVERO. (*Con miedo.*) No bajeis.

EMILIA. ¿Qué tiene particular?...
SEVERO. Porque ese sitio... Marcharos.
EMILIA. (¡Qué génio de Barrabás!) (*Vánse.*)

ESCENA III.

D. SEVERO *y á poco* D. JUAN, *puerta derecha, que baja poco á poco al lado de* D. SEVERO, *hasta colocarse junto á él.*

SEVERO. Anoche; sí, anoche fué.
noche para mí de afan;
bajé al jardin con don Juan,
justo, con don Juan bajé.
Ibamos hablando... nó;
sí... íbamos hablando, sí;
y de pronto... yo le ví...
no, fué don Juan quien le vió.
Desde el jardin al balcon...
no es eso, nó; á la ventana,
un hombre, una sombra humana
subia con decision.
Me detengo y llego á ver...
JUAN. ¡Don Severo! (*Con misterio.*)
SEVERO. ¡Suerte impía! (*Sin hacer caso.*)
Que aquella sombra subía
al cuarto de mi mujer.
JUAN. ¡Don Severo!
SEVERO. Medio loco
echo la mano al bolsillo, (*Lo hace.*)
saco de él mi cachorrillo, (*Lo hace.*)
apunto, y... (*Apunta á don Juan.*)
JUAN. ¡Hé! poco á poco.
(*Esta escena ha de ser muy rápida y con misterio.*)
SEVERO. ¡Ah! don Juan!
JUAN. ¡Ah! don Severo!
SEVERO. Yo callo. (*Con misterio.*)
JUAN. Yo callaré. (*Idem.*)
SEVERO. Fué anoche.
JUAN. Sí, anoche fué.
SEVERO. Era un hombre.
JUAN. Un caballero.
SEVERO. Subia...

JUAN. Con mucho tiento.
SEVERO. Un amante.
JUAN. O un ladron.
SEVERO. Desde el jardin...
JUAN. Al balcon.
SEVERO. ¿Del balcon?
JUAN. A su aposento.
SEVERO. Me detengo.
JUAN. Tambien yo.
SEVERO. Echo la mano...
JUAN. Al bolsillo.
SEVERO. Saco de él...
JUAN. Su cachorillo.
SEVERO. Apunto...
JUAN. El tiro salió.
SEVERO. Lo matamos.
JUAN. Nó, nó, usté...
SEVERO. Dió un grito.
JUAN. No señor, dos.
SEVERO. Echo á correr.
JUAN. Y yo en pos.
SEVERO. ¿Nos verian?
JUAN. No lo sé. (*Quedan ambos sentados.*)
JUAN. ¡Don Severo! ¡Don Severo! (*Pausa.*)
SEVERO. Si lo saben...
JUAN. (Que hablará!)
SEVERO. La justicia... (*Levantándose.*)
JUAN. Qué, ¿qué hará?
SEVERO. Darnos garrote.
JUAN. Yo muero.
SEVERO. Y cuando ménos, y es poco,
ir á presidio diez años.
JUAN. Pues mire usted, de los baños
esta noche me las toco.
SEVERO. No se irá.
JUAN. Pues está buena;
¿quiere usted que vaya yo
por las calles, sin reló,
pero con mucha cadena? (*Señalando á la pierna.*)
SEVERO. ¿Ha estado usted allí por fin?
JUAN. ¿En presidio? No señor.
SEVERO. Donde yace el seductor

de mi esposa, en el jardin.

JUAN. ¡Un demonio!

SEVERO. ¡Oh! trance fiero!
No poderle conocer...

JUAN. Su grito me dió á entender
que debe ser extranjero.
Aquel ¡ay!... tan dulce... pues,
hace que mi dicha abone.

SEVERO. ¿Pues qué dijo en él?

JUAN. Perdone;
y por lo fino es frances.

SEVERO. ¿Pero murió?

JUAN. Como un muerto.

SEVERO. Ya lo habrán visto.

JUAN. Yo espiro.

SEVERO. Bajarian cuando el tiro.

JUAN. Ay, de esta hecha deserto.

SEVERO. No se apure usted, valor;
este es el sesto que mato.

JUAN. (Este hombre ha tenido trato
con algun enterrador.)

SEVERO. Además, se me figura
que no nos pudieron ver
porque echamos á correr...
y la noche tan oscura...

JUAN. Pero mire usted que es cuento.
¿Quién me mandaba bajar
al jardin á pasear
con usted? Y lo que siento,
es que he de pagar las culpas
no siendo yo el criminal.

SEVERO. Pues amigo, al tribunal
no le sirven sus disculpas;
usted lo mismo que yo
sufrirá cruel castigo.

JUAN. ¿Cómo es eso? ¿y si le digo
que no fuí yo quien mató?

SEVERO. ¿Y cómo lo va á probar?
Sólo estábamos los dos,
y si no calla, por Dios
que no vuelve á respirar.

JUAN. Nó, no hablaré, no señor.
(Este bárbaro me asusta.)

SEVERO. Bien, don Juan, así me gusta.

Callemos.

JUAN. Es lo mejor.

ESCENA IV.

DICHOS, *un* CRIADO *por el foro.*

CRIADO. Me alegro encontrar á ustedes.
JUAN. ¿Qué, nos buscabas? (*Asustado.*)
CRIADO. Sí tal.
JUAN. ¿Si se habrá ya descubierto? (*A Severo.*)
SEVERO. Tenga usted serenidad.
Que no conozca en la cara...
JUAN. Si tengo un miedo cerval.
Puede que venga á prendernos.
SEVERO. ¿A prendernos?
CRIADO. (¿Qué tendrán?)
SEVERO. ¿Pero usted de qué lo infiere?
JUAN. Nos anda buscando ..
SEVERO. Ya.
¿Y eso qué tiene de estraño?
JUAN. ¿El crímen? (*Siguen hablando al oido.*)
CRIADO. (¿Qué se dirán?)
Pues yo venia á decirles...
(No me escuchan.) Que bajar
pueden... (¿Pero qué les pasa?)
SEVERO. De modo... (*Al oido.*)
JUAN. Pues y además... (*Idem.*)
SEVERO. Primero somos nosotros.
JUAN. Si habla...
SEVERO. Vamos allá.
(*Pasan cada uno al lado del Criado dejándole en medio. Lo que sigue rápido.*)
CRIADO. Pues yo venia á decirles...
SEVERO. ¡Oh mi querido Damian!
JUAN. ¡Oh Damian de los Damianes!
SEVERO. ¡Qué dicha tan singular!
JUAN. ¡Oh placer de los placeres!
CRIADO. Pero qué...
JUAN. Tan servicial.
SEVERO. Tan buen criado.
JUAN. Tan listo.
SEVERO. Tan discreto.
JUAN. Tan galan.

SEVERO. Es una joya.
JUAN. Un tesoro.
SEVERO. Vale un millon.
JUAN. Mucho más.
CRIADO. Pero me quieren decir...
JUAN. Responde.
SEVERO. Dí la verdad.
JUAN. ¿Eres reservado?
CRIADO. Sí.
SEVERO. ¿Eres hablador?
CRIADO. No tal.
JUAN. ¿Sabrás callar?
CRIADO. Como un muerto.
SEVERO. No dirás nunca...
CRIADO. Jamás.
JUAN. Pues escucha.
SEVERO. Oyeme atento.
CRIADO. (Estos á Toledo van.)
SEVERO. Yo vivia en paz.
JUAN. Y yo.
SEVERO. Y él me la vino á quitar.
JUAN. Y á mí me pasa lo mismo.
SEVERO. Mi carácter es fatal.
JUAN. Yo soy un manso cordero.
SEVERO. Perc la fatalidad.
JUAN. ¡Ay momentos vive Dios!
SEVERO. Los celos...
JUAN. Y el qué dirán.
CRIADO. (Pues señor no los entiendo.)
SEVERO. La noche...
JUAN. La oscuridad...
SEVERO. Entre árboles.
JUAN. Y yerbas.
SEVERO. Que sube.
JUAN. Que va á saltar.
SEVERO. Yo lo veo.
JUAN. Yo tambien.
SEVERO. Y entonces...
JUAN. Punto final.
SEVERO. Este es nuestro crímen.
JUAN. Este.
SEVERO. Esto es lo cierto.
JUAN. Es verdad.
SEVERO. Tú que sabes el secreto...

JUAN. Que todo lo sabes ya...
SEVERO. Te suplico que te calles.
JUAN. Que no hables de esto jamás.
CRIADO. (Les seguiré la corriente
no me vayan á pegar.)
SEVERO. Responde.
JUAN. Contesta al punto.
CRIADO. Yo les juro muy formal
no decir nada del...
LOS DOS. ¡Cállate!
(*Tapándole la boca.*)
que te pueden escuchar.
SEVERO. Toma un duro.
JUAN. Toma otro.
CRIADO. Muchas gracias. (Ménos mal.)
Pues yo venia á decirles...
SEVERO. No lo digas. (*Empujándole al foro.*)
JUAN. No jamás. (*idem.*)
SEVERO. Que me pierdes.
JUAN. Que nos pierdes.
SEVERO. Por tu bien...
JUAN. Por caridad...
SEVERO. Guarda silencio.
JUAN. No chistes.
SEVERO. Véte.
JUAN. Déjanos en paz. (*Váse.*)

ESCENA V.

JUAN *y* SEVERO.

SEVERO. Le hemos convencido. (*Alegre.*)
JUAN. Sí.
SEVERO. Uno ménos.
JUAN. Uno ménos.
SEVERO. Ya estoy más tranquilo.
JUAN. Y yo.
SEVERO. Nos salvamos.
JUAN. Sin remedio.
SEVERO. Hay que andar listos.
JUAN. Es claro.
SEVERO. No dormirnos.
JUAN. Lo que es eso...
SEVERO. Mucha prudencia.

JUAN. Sigilo.
SEVERO. Así salvamos...
JUAN. El cuello.
SEVERO. Adios; yo voy á buscar
al alcalde...
JUAN. ¡Santo cielo! (*Con miedo.*)
Pues me gusta la prudencia.
SEVERO. No sea usted majadero.
Voy á sonsacarle.
JUAN. ¡Ya!
SEVERO. A preparar el terreno.
Así hablando yo con él
sabremos á qué atenernos.
JUAN. Si me quiere usted creer
no vaya usted, don Severo.
SEVERO. Déjeme usted obrar á mí.
Ea, adios y ménos miedo.
JUAN. Es que temo al corbatin
que regalan á los reos.
SEVERO. No hable usted con nadie.
JUAN. Bien.
SEVERO. Serénese usted.
JUAN. No puedo.
SEVERO. Como que... (*Amenazándole.*)
JUAN Me serené.
SEVERO. Mucho valor.
JUAN. Ya le tengo.
VOZ DENTRO. ¡Chico!
CRI.° DENTRO. Ya voy, señor juez.
(*Momento de pausa. Quedan aterrados los dos.*)
SEVERO. El juez.
JUAN. El juez; yo me muero.
SEVERO. Corro á casa del alcalde.
JUAN. Sí, no perdamos el tiempo.
¡Ay don Severo!
SEVERO. ¡Ay don Juan!
Ea; con Dios.
JUAN. Hasta luego.

ESCENA VI.

DON JUAN; *á poco* JUSTO *y el* CRIADO, *foro.*

JUAN. Pues señor; estamos bien.

Yo cómplice de un delito
y expuesto á que si se sabe
vaya á parar á un presidio.
¡Tendré que barrer las calles...
vamos, estaré bonito!
Y haré petacas, boquillas,
fosforeras y palillos,
para comprarme tabaco
ya que no pueda otros vicios.
Allí aprenderé á tirar
la navaja y el cuchillo
y además, el pego, el salto
y tomador de los finos,
que es colegio que saca
sobresalientes discípulos.
¡Estas divertido Juan!
¡Ay! Juan, estás divertido.
(*Justo y el Criado salen hablando; á su tiempo el Criado para librarse de Justo pasa por delante de Don Juan de modo que Justo, que es muy corto de vista, le toma á éste por el Criado.*)

JUSTO. No te niego lo contrario;
San Sebastian es muy lindo
¡Mas Cádiz! ¡Tan pequeñita!
¡Me muero por Cádiz, chico!
¡Que igualdad hay en las casas!
¡Cuanta limpieza!

JUAN. (*Hablando solo*). Un presidio...

JUSTO. Tambien aquí hay mucho aseo
pero ese lustre maldito
que dais al entarimado
para romperse el bautismo...
(*El Criado pasa por delante de Don Juan y váse.*)
¡Ah! díme; ¿de lo de anoche
por fin se sabe el motivo?
Y qué susto que lleve...
como ya estaba dormido...
Figúrate que yo estaba
cansado, pues, del camino
y apenas me echo en la cama
cuando á poco sonó el tiro.

JUAN. Caballero yo no soy...

JUSTO. ¿Tú que has de ser? lo concibo.

Pues como decia; anoche
me encontraba algo rendido,
cansancio muy natural
porque esos trenes malditos...

JUAN. (Pero quién es este hombre?)

JUSTO. Para mí son un castigo;
dos meses sin salir de ellos,
ya vés si estaré molido.
¿Te estrañas de mi viaje?
Voy á esplicarte el motivo.

JUAN. Pero si es que yo no soy...

JUSTO. ¿Mi novia? Ya lo imagino.
Yo la conocí en Madrid...

JUAN. ¿Pero es usted ciego, amigo?

JUSTO. Desde lejos veo poco,
pero de cerca...

JUAN. Lo mismo.

JUSTO. Dispense usted, caballero...
pero sin lentes... ¡Qué miro! (*Se pone los lentes.*)
(*Sacando una fotografía y mirándola.*)
¡Ya le encontré!

JUAN. ¡Qué! (*Con miedo.*)
(¡Dios santo!)
(¡ya se descubrió el delito!)

JUSTO. ¿Cómo se llama usted?

JUAN. Yo...
Me llamo... Juan del Espino.

JUSTO. ¿Natural?

JUAN. ¿Pero á qué viene?

JUSTO. ¿Natural?

JUAN. De Cádiz.

JUSTO. ¡Tio! (*Abrazándole.*)

JUAN. ¿Cómo es eso?

JUSTO. Yo soy Justo
Corral, hijo de Benigno,
su hermano de usted.

JUAN. Verdad. (*Abrazándole.*)
No te conocí, sobrino.

JUSTO. Gracias á Dios que le hallé.

JUAN. ¡Como eras tan chiquitito
cuando te dejé en Madrid!
¡Caramba cuánto has crecido!
¿Y en qué te ocupas?

JUSTO. En nada.

JUAN. Pues ya puedes ser Ministro.
JUSTO. Soy pintor, monto á caballo,
manejo el sable.
JUAN. ¡Divino!
JUSTO. En pié guio un Chara-Van,
y tallo en casa de Sixto.
JUAN. Eres un pozo de ciencias.
(¡Lo que sabe mi sobrino!)
¿Pero quién paga tus gastos?
JUSTO. Los ingleses, tio mio.
JUAN. ¿Los ingleses? no comprendo...
JUSTO. Propago el protestantismo,
y en nuestro siglo se pagan
al pelo tales destinos.
JUAN. Pero esplícame la causa
de buscarme con ahinco!
JUSTO. ¡Es verdad! Escuche usted
Hace seis meses y pico...
¡Qué! no llega á los seis meses,
me presentó cierto amigo...
¡Julian García es su nombre!
Moreno, muy guapo chico;
por cierto que yo le debo
cuarenta duros. (*Movimiento de impaciencia en don Juan.*) ¡Prosigo!
Pues me presentó en su casa.
Topete, 6, primer piso.
JUAN. ¿Topete, 6? No lo entiendo...
JUSTO. Sí; el callejon del Minino.
JUAN. ¿Del minino?... Ah, sí; del Gato.
Vamos, ya está comprendido.
JUSTO. En fin, yo me enamoré...
JUAN. ¿Del Minino?
JUSTO. ¡Por Dios, tio!
déjeme usted concluir;
de la hermana de mi amigo.
De un ángel, de un querubin ..
¡Qué rostro aquel!
JUAN. ¡Sobrinito! (*Con impaciencia.*)
JUSTO. Pedí su mano al papá,
hombre muy franco y muy liso,
el cual me dijo: «Don Justo,
usted creo que no es rico,
y mi hija tiene un millon

de dote.» «Mas tengo un tio,
le dije, que es millonario
y muy viejo.»

JUAN. Gracias, chico.

JUSTO. «Yo soy su único pariente
y es fácil...» «Pues si su tio
no me escribe que le nombra
su heredero, no transijo.»
Al ver aquel interés
á mi casa me encamino,
cojo el saco y la maleta
y montando en un tren misto,
llegué al cabo de dos dias
á Barcelona.

JUAN. Mas chico...

JUSTO. Voy á su casa; pregunto
y me dicen, ¡trance impío!
que estaba usted en Zaragoza.
Vuelta á emprender el camino.
Llego; pregunto en la fonda,
nada; voy á otra; lo mismo.
Recorro todas, pregunto,
examino bien los libros,
nada. Por fin en la calle
me encuentro con un amigo
y antes que me saludara
le dije: «Luis, ¿y mi tio?»
¿Quién es tu tio? me dice.
«Hombre D. Juan del Espino,
comerciante en Barcelona.»
«Le conozco. ¿Sí? Ahora mismo
toma el camino de Francia.
A dónde vá? No me ha dicho.
Mas si coges un carruaje
puedes verle.» Me despido;
busco un coche, no le hallo,
corro, atropello á un chiquillo;
viene el padre me disculpo,
y el hombre ya convencido
me suelta el gran bofeton
que se ha dado en este siglo,
tirándome en el arroyo.
Por mi suerte habia llovido.
Me puse de barro bueno.

Me levanto, ¡Dios bendito!
Habia más de mil almas
formando corro; me limpio,
busco á mi agresor, no estaba,
habia el bulto escurrido.
Cansado ya me abro paso
en medio de los silbidos,
carcajadas y empujones.
Echo á correr, los chiquillos
me siguen gritando: «al loco,
que paren al lechuguino.»
Y entre voces y pedradas
y rompiéndome el bautismo,
llego á la estacion... y en vano,
porque el tren habia partido.

JUAN. Y no corríste tras él?

JUSTO. Nó.

JUAN. Hicíste muy mal, sobrino.
Yo en tu lugar le detengo,
y le digo: «vá mi tio?»

JUSTO. Estaba ya en las Casetas,
si no...

JUAN. ¿Se lo hubieras dicho?...

JUSTO. Entré en el cuarto del jefe
y me puse otro vestido
esperando el tren correo.
Tomé el billete, partimos...

JUAN. A dónde fuiste?

JUSTO. A Bayona.

JUAN. Pues te luciste, hijo mio,
porque yo marché á París.

JUSTO. Llegué, rocorrí solícito
las fondas, casas de huéspedes...
nada, trabajo perdido.
Marcho á Burdeos, tampoco;
á San Juan de Luz, lo mismo.
A Baden-baden, Biarritz,
Lyon, Marsella...

JUAN. ¡Pues hijo!

JUSTO. Vichy...

JUAN. Ni el Judío Errante:

JUSTO. Media Francia he recorrido;
hasta que por fin cansado,
sin esperanza y sin trigo

para seguir mis pesquisas,
hácia Madrid me encamino.

JUAN. ¿Y te quedaste aquí?

JUSTO. A la fuerza, tio mio.
No alcanzaba para más,
y dije: desde allí escribo
á Madrid á que me mande
más dinero algun amigo.
Pero no hay necesidad,
porque al fin le hallé...

JUAN. Sobrino,
siento que te hayas cansado
en buscarme...

JUSTO. ¿Qué?

JUAN. Clarito.
Porque yo tambien me caso.

JUSTO. ¿Qué se casa?

JUAN. ¡Sí, hijo mio!
Y ya ves... no soy muy viejo ..
y puede que tenga hijos...
y es un robo...

JUSTO. Usted me mata.
Pero...

JUAN. Nada, no transijo.

JUSTO. Pues bien; pague usted la fonda,
y adios. (*Con tono trágico.*)

JUAN. ¡Espera!

JUSTO. ¡Asesino!
(*Cogiéndole del brazo.*)

JUAN. ¡Qué! (*Con miedo.*)

JUSTO. ¡Eso no se hace!... (*Muy sério.*)

JUAN. ¿Sabes!
(*Con más miedo.*)

JUSTO. Es un crímen... (Que mi tio
no me nombre su heredero.)

JUAN. ¡Baja la voz!

JUSTO. ¡Un presidio!
(La echaré por la tremenda.)

JUAN. Por Dios, cállate sobrino.

JUSTO. Nó.

JUAN. Yo te daré mis bienes,
si callas.

JUSTO. Pues ya no chisto.
(Esto sí que es prodigioso.)

JUAN. Por Dios, te encargo el sigilo.
JUSTO. Muy bien.
JUAN. No digas mi crímen.
(*Con misterio.*)
JUSTO. Su crímen...
JUAN. ¡Adios, sobrino. (*Váse.*)

ESCENA VII.

JUSTO, *á poco el* CRIADO, *foro.*

JUSTO. ¡Un crímen! ¡Pues esto es gordo!
Yo que pensaba alcanzar
por lo trágico sus bienes,
acerté sin más ni más
con la clave del misterio.
¿Pero qué crímen será?
Vamos; parece mentira...
él tan pacífico y tan...
Cuando le he dicho asesino,
se ha descompuesto su faz
y le temblaba la mano
de una manera bestial,
qué... ¿si habrá matado á alguien?
Los celos, la ceguedad
hacen del hombre de bien
á veces un criminal,
y no estraño que mi tio...
¡Pero celos á su edad!
Pues señor, lo cierto es,
que yo me llego á casar
por un crímen de mi tio.
(*Al Criado que sale por el foro sin hacerle caso.*)
¡Hola, chico! ¿A dónde vas?
CRIADO. Déjeme usted, voy de prisa...
JUSTO. Escucha. (*Cogiéndole.*)
CRIADO. ¡Qué terquedad!
¿Qué quiere usted?
JUSTO. ¿Dónde ibas?
CRIADO. (¡Qué curioso!) A preguntar
á los huéspedes si oyeron
el tiro de anoche.
JUSTO. ¿Ya
se sabe?

CRIADO. Que ha sido un crímen.
JUSTO. ¡Qué me cuentas!... (*Pensativo.*)
CRIADO. ¡La verdad!
Se ha encontrado mucha sangre
en el jardin.
JUSTO. (*Con escama.*) ¡Hombre!
CRIADO. Mas
no se encuentra á la víctima.
JUSTO. ¿De veras?
CRIADO. Ni al criminal.
Usted no sabe...
JUSTO. (*Con miedo.*) Yo... nó.
Te has podido figurar ..
CRIADO. ¿Pero qué tiene de estraño?
JUSTO. ¿Me quieres dejar en paz?
CRIADO. Es que á veces...
JUSTO. Que nó, he dicho.
CRIADO. Sin querer...
JUSTO. Véte, animal. (*Le dá un puntapié.—Váse.*)

ESCENA VIII.

JUSTO; *á poco* DOÑA EMILIA *y* MATILDE, *foro.*

JUSTO. Pues señor; ya he descubierto
el secreto de mi tio;
él es el autor, no hay duda,
de ese crímen. Pero ¡chito!
no sea que alguien me escuche
y delate al asesino.
Mi obligacion es callar,
obrar con mucho sigilo,
proporcionarle la fuga
que al cabo soy su sobrino.
Voy á enterarme primero. (*Poniéndose los lentes.*)
(*Al salir se encuentra con Matilde y Doña Emilia.*)
¡Ella!
MATILDE. ¡El!
EMILIA. (¡Qué guapo chico!)
JUSTO. Adios, Matilde, ¿estás buena?
Yo bueno; ¿por qué motivo

te encuentro aquí en esta fonda?
á la verdad no me esplico...
¿Vienes á tomar los baños?
Vamos, ya está comprendido.
Esta bella jóven es...
tu amiga, ya lo adivino.

EMILIA. Soy su tia.

JUSTO. Usté dispense,
mas de lejos no distingo.

EMILIA. Este caballero es...

JUSTO. Sí señora, soy el mismo.

MATILDE. Pero...

JUSTO. No me digas más.

MATILDE Es que...

JUSTO. Ya está comprendido.
La culpa es de tu papá,
que sin mirar mi cariño
me negó tu linda mano.

MATILDE. ¿Por qué?

JUSTO. Porque no era rico.
Mas yo, sin decirte nada
me fuí en busca de mi tio,
comerciante en Barcelona,
bello sugeto, riquísimo!
¿Ustedes no le conocen?
Se llama Juan del Espino.

EMILIA. Aquí está, le conocemos.

MATILDE. Como que es mi prometido.

JUSTO. ¿De veras? Me alegro mucho.
Pues no se casa contigo,
y voy á ser su heredero.
Adios, Matilde, confio
en que estarás convencida.
Dispensa si no te he escrito,
porque me ha faltado tiempo;
ya ves, dos meses y pico
viajando... Qué, media Francia
he andado... Con su permiso,
señora, la dejo á usted.
Cuénteme usted por su amigo
hasta dentro de dos meses
que ya seré su sobrino. (*Medio mutis.*)
¡Ah! me olvidaba decirlas. (*Bajando.*)
Pero ante todo confio

que guardarán el secreto.
Anoche se ha cometido
en el jardin una muerte.

LAS DOS. ¡Cierto!

JUSTO. El autor es mi tio.

EMILIA. ¿Está usted seguro?

JUSTO. Vaya,
él no há mucho me lo dijo.

EMILIA. Y se sabe...

JUSTO. No señora;
mas yo que soy su sobrino
sabré callarlo.

MATILDE. ¡Dios santo!
el que iba á ser mi marido.

EMILIA. ¡Una muerte!

MATILDE. ¿Y por qué causa?

JUSTO. Lo ignoro, no me lo ha dicho.
Con que ya saben ustedes
el secreto de mi tio.

EMILIA. ¿Quién es el muerto?

JUSTO. No sé;
sin duda lo habrá escondido
porque no le han encontrado.
Con que hasta luego; lo dicho.
les encargo la reserva.
Yo voy á ver si consigo
hablando con todo el mundo
encubrir al asesino.
Adios, Matilde; señora...
Voy á salvar á mi tio.

ESCENA IX.

EMILIA, MATILDE, *á poco* DON JUAN. *Puerta derecha.*

EMILIA. ¡Ay! qué jóven tan simpático,
tiene un modo de mirar.
Envidio tu porvenir.

MATILDE. Es muy guapo, ¿no es verdad?

EMILIA. Muy discreto; me ha llamado
bella jóven.

MATILDE. No te habrá
visto muy bien, vé muy poco.

EMILIA. ¡Pues vé bastante! ¡Qué afan

tienes por hacerme vieja!
¡Vieja! Palabra fatal
que deberia borrarse
del Diccionario. Mi edad
no es mucha que cause espanto;
sólo tengo...

MATILDE. Tú tendrás,
sobre poco más ó ménos,
la misma edad que mamá.

EMILIA. ¡Jesús! Yo cuarenta años,
treinta y cuatro nada más;
pero no los represento.
Mírame bien; es verdad
que tengo...

MATILDE. ¡Arrugas!

EMILIA. Son sombras.

MATILDE. ¡Y canas!

EMILIA. Son de estudiar;
¿no ves que he leido mucho
El Cascabel y *El Gil Blas*?
Pero hablemos de otra cosa.
¿Quién pensára que don Juan
fuera el autor de ese crímen
de anoche?

MATILDE. ¡Qué atrocidad!
¡Y quiere ser mi marido!
¡Yo mujer de un criminal!

EMILIA. Baja la voz no te oigan.
Con él no te casarás.
¿No lo has oido á tu novio
hace poco?

MATILDE. ¡Sí, es verdad!
¡Ay! que sale. ¡Tengo miedo!

EMILIA. Trae descompuesta la faz.

MATILDE. Tiene cara de asesino.

EMILIA. Buenos dias. (*A don Juan que salen puerta izquierda.*)

JUAN. (¿Lo sabrán?...)

EMILIA. No nos oye.

MATILDE. Ni nos vé.

JUAN. (Si yo pudiera probar
que no soy el asesino,
sino cómplice, del mal
al ménos; iré á un presidio,

pero no me matarán.)

MATILDE. Habla sólo.

EMILIA. La conciencia.

JUAN. (Mas no puedo. Se sabrá
el crímen y moriré.
Ya han debido de encontrar
á la víctima.)

EMILIA. Acerquémonos. (*Se aproximan poco á poco á don Juan.*)

JUAN. (Dentro de poco entrará
por aquella puerta el juez,
se acercará á mí, y...)

EMILIA. ¡Don Juan! (*Dándole en el hombro.*)

JUAN. Perdon, perdon, yo no he sido. (*Cayendo de rodillas.*)

EMILIA. ¿Qué le pasa?

MATILDE. ¿Qué le dá?

JUAN. ¡Ah! ¿son ustedes?

EMILIA. ¿Qué es eso?

JUAN. Nada, un mareo. ¿Qué tal?

EMILIA. Bien.

JUAN. ¿Ustedes por aquí?
¿Cómo sigue su mamá?

MATILDE. ¡Oh! mejor.

JUAN. Me alegro.

MATILDE. Gracias.

JUAN. (Si yo pudiera marchar...)

EMILIA. Diga usted, ¿quién era él?

JUAN. ¿Quién?

EMILIA. ¿Era muy jóven?

JUAN. Más...

MATILDE. Lo sabemos todo.

EMILIA. Todo.
Pero sabremos callar.

MATILDE. Callaremos.

JUAN. ¿Pero el qué?

LAS DOS. ¡El crímen!

JUAN. ¡Por caridad!
Cállense ustedes, señoras,
que las pueden escuchar.

EMILIA. ¿Con que es cierto?

JUAN. Sí señora. (*Con dolor.*)

EMILIA. Pero ha sido usted capaz...

JUAN. ¡Chist! (*Mirando por todas partes.*)
MATILDE. ¡Cometer tal infamia!
JUAN. Señoras, á la verdad
que ustedes mejor que nadie,
deberian de callar.
Yo no soy más que su cómplice.
EMILIA. ¿Usted no mató?
JUAN. No tal.
Pues bonito génio tengo.
El autor de tal maldad,
es don Severo.
EMILIA. ¡Mi esposo!
MATILDE. ¡Mi tio!
JUAN. Sí, ese animal.
EMILIA. Ay que fatigas...me muero.
(*D. Juan sube por una silla.*)
¡Ay! que me dá.. que me dá. (*Cae.*)
JUAN. Pues le dió.
MATILDE. ¡Ay, mi cabeza!
JUAN. Ahora la otra.
MATILDE. Don Juan!
JUAN. ¿Qué?
MATILDE. Yo me siento... me... siento. (*Cae.*)
JUAN. Pues se sentó. Vaya un par.
Si se mueren, las sospechas
caerán sobre mí. ¡Ah.. ah! (*Cae.*)
(*Cae desmayado en el centro, Matilde á su izquierda y Emilia á su derecha.*)

ESCENA X.

Dichos. JUSTO, *sin lentes por el foro.*

JUSTO. ¡Gran noticia! Gran noticia!
Hola se está conversando?
¡Me alegro!
(*Coge una silla y se coloca entre D. Juan y Matilde.*)
Así les diré
mi aventura: ¡Qué gran chasco!
(*Movimiento en los tres de accidente, que dura hasta el final de la escena.*)
No me interrumpan ustedes,
porque yo muy pronto acabo.

Salí de aquí hace un instante...
por cierto muy preocupado
con la desgracia de anoche,
con el crímen de.. (*Movimiento en don Juan.*)
me callo.
No, por mí no lo sabrán
pues soy lo más reservado...
Se lo he dicho á estas señoras
porque sé que han de callarlo:
No es cierto? (*Movimiento en Emilia y Matilde.*)
Ya lo vé usted.
A un amigo, Juan del Prádo:
que vive aquí en esta fonda
y viene á tomar los baños,
se lo he dicho; es periodista,
y por lo tanto es callado.
Desafío al juez más listo
á que descubra... Mas vamos
á lo anterior; yo bajaba
la escalera muy despacio,
por la sencilla razon
de evitar algun porrazo.
Ya ve usted, veo tan poco.
Recuerdo que hace dos años
bajando yo la escalera
de un amigo de Ricardo,
tú le conoces Matilde;
aquel chico colorado
que se casó con Pepita,
hija de don Pedro Ramos...

JUAN. Pero hombre, no has conocido...

JUSTO. ¡Qué!

JUAN. ¡Que estamos desmayados!

ESCENA XI.

DICHOS *y* D. SEVERO, *foro derecha.*

SEVERO. Ya está corriente la cosa.
¿Pero qué esto? (*Por Matilde y Emilia.*)

JUAN. No... es nada.
¿Conque la cosa arreglada?

SEVERO. Sí; ¿mas qué tiene mi esposa
y mi sobrina?
JUAN. Que usté
no puede tener callado
nada, y que se han desmayado.
SEVERO Hable usted claro. ¿Por qué?
JUSTO. Con que usted es el marido...
SEVERO. De mi mujer, si señor.
EMILIA. ¡Ay! (*Volviendo á desmayarse.*)
JUAN. ¡Ya vuelven!
MATILDE. ¡Qué dolor! (*Lo mismo.*)
SEVERO. ¡Emilia! (*Acercándose á ella.*)
EMILIA. ¡Aparta, bandido! (*Levantándose.*)
SEVERO. Qué, tú sabes...
EMILIA. Sí, lo sé.
MATILDE. Y yo tambien. (*Levantándose.*)
SEVERO. ¡Ah, malvado!
Le has dicho... (*Cogiéndo le por el pezcuezo.*)
JUAN. Nada he contado.
JUSTO. He sido yo.
SEVERO. ¡Cómo! ¿usté?
JUSTO. Yo he sido.
SEVERO Muy señor mio.
JUSTO. Yo, sí.
SEVERO. Ah, vamos, ya estoy.
¿Pero usted quién es?
JUSTO. Yo soy
el sobrino de mi tio,
que tratando de ocultar
ese crímen nauseabundo,
se lo he dicho á todo el mundo.
SEVERO. Pues lo acabó de arreglar.
JUSTO. Sé yo mucho.
SEVERO. ¡Ira del cielo!
Este hombre lo ha dicho todo.
JUSTO. Yo lo arreglaré.
SEVERO. Vaya un modo
de arreglarlo por mi abuela.
JUSTO. ¿Pero usted por qué se apura?
(Este hombre parece loco)
SEVERO. Pues qué le parece poco,
¡no le huelo á sepultura!
JUSTO. A mí, no señor.
JUAN. ¡Dios mio!

EMILIA. Lucrecio Borggio. (*A Severo.*)
MATILDE. ¡Asesino!
¡Desalmado!
EMILIA. ¡Te abomino!
SEVERO. Pero...
JUSTO. Quién me compra un lio.
¡Eh! no hay que apurarse; yo
voy á aclarar el asunto.
El que asesinó al difunto
es... mi tio.
JUAN. (¡Me partió!)
JUSTO. El señor es inocente. (*Por Severo.*)
EMILIA. ¿Usted?
JUAN. (¡Qué bruto es el chico!)
EMILIA. ¡Infame! (*A don Juan.*)
MATILDE. ¡Vil!
JUSTO. (No me esplico
lo que le pasa á esta gente.)
¿Pero á qué esta algarabía?
JUAN. Escuchen ustedes. (*A Matilde y Emilia.*)
LAS DOS. No.
SEVERO. Sepan ustedes que yo...
EMILIA. ¡Balseiro!
MATILDE. ¡José María! (*A Don Juan.*)
SEVERO. A qué tanto hablar en balde,
yo lo acabo de arreglar.
TODOS. ¡Cómo!
SEVERO. Sí, vengo de hablar
secretamente al alcalde;
me pareció un buen sugeto,
y valiéndome de un modo
reservado...
TODOS. ¿Qué?
SEVERO. Que todo
lo he dicho, pero en secreto.
JUAN. ¿Usted se lo ha dicho?
SEVERO. Ergo
no hay nada ya de qué hablar;
al poco mandó llamar
un alguacil de chambergo,
y le dijo: «usted responde
de lo grave de este asunto,
si no se encuentra el difunto
es claro que alguien le esconde.»

JUAN. Don Severo, es usted un bolo.
SEVERO. ¿Cómo bolo?
JUAN. A no dudar.
SEVERO. Cuando tenga que matar
otra vez, lo haré yo solo.
JUSTO. ¿Luego usted?..
SEVERO. Sí, yo en consorcio
con su tio, asesiné...
JUSTO. Matilde, váyase usté
Señora, pida el divorcio.
SEVERO. ¡El divorcio! Por los cielos
que ya pierdo la paciencia;
¿no te grita la conciencia
que lo asesiné por celos?
Usted es la culpable.
EMILIA. ¡Yo!
¡Socorro!
JUSTO ¡Cállese usted!
que yo al fin lo arreglaré;
ó tengo talento, ó nó.
EMILIA. Adios, te abandono.
SEVERO. Bien.
EMILIA. A arreglar el equipaje.
JUSTO. Voy á preparar el viaje.
MATILDE. Yo me marcho.
JUAN. Yo tambien.
(*Suben al foro por los sombreros, de modo que en el aturdimiento, Justo coje el sombrero de Emilia, ésta el suyo, Don Juan coje el de Matilde y viceversa y bajan hasta Don Severo en actitud cómica.*)
TODOS. Adios, en brazos del vicio
desolado te abandono,
me matas, mas te perdono
de Dios en el santo juicio.

ESCENA ULTIMA.

Dichos y el CRIADO *por el foro derecha.*

CRIADO. ¡Ya pareció!
JUAN. ¡Cielos santo!
TODOS. ¿Quién?

CRIADO. ¡La víctima!
TODOS. ¡Ah! ¡Oh!
(*El ¡Ah! con miedo y el ¡Oh! cayendo cada uno en una silla pero con mucha rapidez.*)
CRIADO. ¿Pero qué es esto, señores?
JUAN. ¡Fámulo, ten compasion!
EMILIA. ¡Soy su esposa!
JUSTO. ¡Y yo tambien;
no nos delates por Dios!
SEVERO. Te daré cuanto poseo.
MATILDE Por la vírgen de la O.
CRIADO. ¿Pero están ustedes locos?
JUSTO. Tiene este chico razon.
Prosigue que te escuchamos;
¿dices que ya pareció?
CRIADO. Escondido en la leñera.
JUAN. ¿Y qué? ¿Ha hablado?
CRIADO. No señor.
Cómo quiere usted que hable
si no puede.
SEVERO. ¿Qué, murió?
CRIADO. Sí.
JUSTO. Pues entonces no habla
de seguro.
CRIADO. Mi señor
me manda para saber
quién es el...
JUSTO, JUAN, SEVERO. Yo nó.
MATILDE, EMILIA. Yo nó.
CRIADO. Y premiar cual le aconseja
su gratitud al autor.
TODOS. ¿Premiarlo?
CRIADO. Pues ya lo creo,
de una plaga le libró
que ya, ya... sepan ustedes
que el muerto...
MATILDE, EMILIA. ¿Quién és?
JUAN, SEVERO. ¡Horror!
JUSTO. Algun pinche de cocina.

CRIADO. No tal.
SEVERO Algun seductor.
CRIADO. Un... orangutan, que al amo
trajeron de Nueva-York.
MATILDE. EMILIA. ¡Un mono!
JUAN. SEVERO. ¡Un mico!
CRIADO. Cabal.
Pero un mico tan atroz
que en viendo una... que se vayan
estas señoras.
JUSTO. Ya estoy
gráfico.
SEVERO. Tan sólo un mico
pudiera hacerte el amor.
JUAN. ¿Con que no hay crímen?
CRIADO. No tal.
JUAN. ¡Ay! ¡Respiro!
SEVERO Tambien yo.
MATILDE. EMILIA. ¡Y yo!
JUAN. Que vivan los micos.
CRIADO. ¿Que viva? Si ya murió.
JUAN. Ya no barreré las calles.
EMILIA. ¿No más celos?
SEVERO. No por Dios.
MATILDE. ¿Y nosotros?
JUSTO. ¿Diga usted?
¿Le heredo por fin ó nó?
JUAN. Espera, voy á saberlo
antes que caiga el telon.
Estriba en una palmada
que mi sobrino me herede;
ustedes dirán si puede...
sobrino, es cosa arreglada.

FIN.

3 0112 098524850

ADVERTENCIA.

Este juguete, propiedad de su autor, se expende en el teatro de Novedades, á 4 rs. ejemplar.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Señores Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares en todas las provincias del reino.